

Tarea del gobierno

Gobernar no es hablar

Lo que tiene que hacer un gobierno es gobernar. Parece obvio; pero si observamos el desempeño del gobierno actual, no lo es. A un gobierno le preocupa consolidarse y gozar del favor de la opinión pública. Pero un gobierno se consolida gobernando. La respuesta a las críticas no puede basarse, ni en criticar a los críticos, ni en explicarse interminablemente. Algo de ambas cosas puede ser oportuno, sobre todo lo segundo; pero el gobierno debe responder con actuaciones. Las acciones orgánicas y sostenidas son el lenguaje más propio del gobierno. Para eso ha sido elegido. Lo propio del gobernante no es emitir opiniones ni disertar sobre temas ni pasársela comentando lo que pasa. La atención del gobernante debe, sí, estar dirigida a la escena pública; ha de estar captando constantemente el acontecer nacional, ya que la acción del gobierno no puede ser ensimismada. Pero, tomando todo eso en cuenta, lo que tiene que hacer es cumplir su programa. Su programa, concretizado según las coyunturas, es su palabra, lo que otorga a la acción su coherencia. Porque la palabra del gobernante está dirigida a la acción, que es su plasmación y su verdad.

Esto significa que la palabra no puede ser la acción del gobierno. La palabra es lo propio de la campaña pre-

sidencial, como también ocupa un lugar central en la Asamblea. El candidato con su palabra debe convencer a sus electores de que conoce los problemas y potencialidades del país, que sintoniza con las mayorías, que tiene programas concretos para enfrentar las dificultades y emprender desarrollos positivos, que cuenta con un equipo sólido, que sabe y puede y que es de fiar. Todo eso ha de hacerlo por la palabra. Con ella debe también debatir las propuestas de los otros candidatos e incluso con ellos. El parlamento, como lo dice la palabra, debe hablar. Naturalmente que respecto de leyes o medidas que estén en discusión o sobre los actos del gobierno, y siempre para llegar a resultados concretos. En la Asamblea la palabra ha de ir apoyada por datos sólidos; por eso, la labor de las comisiones y los expertos. Pero los representantes deben debatir hasta llegar a resoluciones y han de debatir para convencer a la mayoría y a la opinión pública de la pertinencia de sus decisiones.

Pero el gobierno, y menos que nadie en él el Presidente, no puede seguir en campaña, en perpetuo hilo directo con su base electoral y defendiéndose de sus adversarios. Si se la pasa tomando el contacto con cada región, con instituciones, con las masas; si se la pasa en mítines y conferencias ¿cuándo gobierna? Porque en eso no

consiste el gobernar.

Gobernar es despachar

Gobernar es ante todo despachar. Despachar es recibir en su despacho a cada ministro y a otros altos responsables de modo que el presidente se imponga de la marcha de cada pieza del Estado. De este conocimiento pormenorizado, tanto del personal de cada despacho, como de su funcionamiento nace el ir aplicando las directrices del programa de gobierno, perfiladas y eventualmente complementadas y modificadas con los datos que arroja ese conocimiento de la situación y de su dinámica. Esto es obvio que lleva tiempo. No sólo mucho tiempo material sino sobre todo estar en eso. De ahí viene eventualmente visitar algún asunto por lo delicado del caso o su trascendencia.

Este conocimiento de la marcha de cada asunto permite que los consejos de ministros, plenos o sectoriales, puedan cumplir su objetivo de articulación de las distintas tareas de modo que en todo lo que se trae entre manos vaya quedando la impronta del programa de gobierno, y de modo que también el programa se dinamice y reconfigure con las lecciones de la práctica y el desarrollo del acontecer nacional.

Esta minuta del presidente es por supuesto el paradigma de cada ministro y director.

Queda claro que no nos estamos refiriendo a un modo ritualizado de despachar en el que un lenguaje convencional encubre la realidad y menos aún a un modo palaciego en el que se le dice al jefe no lo que pasa sino lo que él quiere oír. Me refiero a un progresivo imponerse sobre el estado de cada dependencia, sobre los puntos fuertes, los nudos problemáticos, la calidad del personal, el grado de sintonía con los usuarios de cada servicio... Lo propio de un verdadero estadista es la capacidad de percatarse del fondo de las cosas, de encontrar a las personas idóneas para hacerse cargo de cada asunto, delegar y a la vez llevar las riendas, y en todo ello entablar un diálogo fecundo con la ciudadanía.

“la internacionalización de la producción”, mediante un proceso tendiente al “desarrollo dependiente asociado”. Cardoso, como presidente, en primer lugar logra rescatar la importancia de la primera magistratura que se había desacreditado severamente durante los gobiernos de José Sarney y Fernando Collor de Mello. Para mejorar la gobernabilidad, amplía su plataforma incorporando en el Parlamento un frente político integrado por varios partidos, dominando la orientación centrista, lo que le permite restablecer un saludable equilibrio nacional para avanzar en un plan de estabilización económica, conocido como el “Plan Real”, e impulsar reformas sociales. En el plano internacional viaja por 44 países, en 122 visitas presidenciales, procurando proyectar la imagen del país.

Al final de su segundo período Cardoso ha logrado mejorar su popularidad y se encuentra en una situación ventajosa para capitalizar una leve recuperación económica en curso. Esta se manifiesta en una buena producción agrícola; la superación del racionamiento de la energía eléctrica; en capitalizar ventajas de la recuperación económica norteamericana; y en la reducción de las tasas de interés. Evidentemente, estos logros podrán ser capitalizados por el candidato que representa la orientación de su gobierno: el ex ministro de la Salud, Dr. José Serra, quien carece de carisma pero busca suplirlo con los argumentos de su partido el PSDB, que considera al Brasil, no un país subdesarrollado sino un país injusto. De aquí la profundización de las reformas sociales.

Elecciones 2002: la respuesta de Brasil al mundo

El sistema electoral brasileño, durante el período republicano, ha funcionado particularmente en la legitimación de una de las élites de poder más perdurables en América Latina, que con gran habilidad ha logrado superar sus crisis y traumas nacionales mediante el arreglo cupular a nivel de estado. En el seno del poder central se concilian los diferentes sectores de los grupos regionales, con los sectores que detentan el poder en la capital de la República.

En la Vieja República, las oligarquías del café de Sao Paulo, y la ganadera de Minas Gerais, controlaban el voto del elec-

torado nacional mediante el *coronelismo*, un sistema de compromisos imperantes en la sociedad agro-pecuaria de la época. En la práctica, una variante tardía del personalismo político dominante en Hispanoamérica con el caudillismo. Los coroneles con el voto “cabresto” (voto amarrado) convirtieron las elecciones en una patraña. En el período del populismo, Getúlio Vargas formó un nuevo polo de poder integrado por el Partido de los Trabajadores Brasileños (PTB) y el Partido Social Demócrata (PSD) que con facilidad le ganaba las elecciones al conservador partido opositor, Unión Democrática Brasileña (UDN). En las dos décadas de autoritarismo militar, controlado por las Fuerzas Armadas, se intentó el funcionamiento de un bipartidismo manipulado desde el Poder Ejecutivo, integrado por los partidos MDV y ARENA. Evidentemente, a partir de 1985, la recomposición del cuadro político nacional amplía la participación de las organizaciones políticas, atendiendo a las divisiones de las organizaciones conocidas, o con la creación de nuevas parcialidades.

Las opciones electorales: el caso de Lula

En la proximidad de la contienda, que de manera formal se abre en junio con las convenciones partidistas, ya son varios los precandidatos mencionados. De ellos, tres han acaparado la atención de los medios de comunicación: Roseana Sarney (PFL), hija de un ex presidente, primera gobernadora del país, y últimamente afectada al aparecer envuelta junto a su esposo en el desvío millonario de fondos de la Superintendencia de Desarrollo de la Amazonía (Sudam). El incidente de Roseana acarrió la ruptura de la coalición con los partidos que apoyan al presidente Cardoso, y afectó parcialmente el funcionamiento parlamentario. José Ignacio Da Silva, Lula, es el tradicional candidato del Partido de los Trabajadores (PT), a partir de su fundación en 1987; y José Serra, como ya se dijo, el delfín del gobierno.

Las posibilidades de triunfo de Lula dependen de varios factores. En primer lugar, ganar en la primera vuelta electoral en octubre, esta posibilidad resulta difícil, considerando que el PT tiene un techo electoral que no pasa del 30%.

También podría hacer coaliciones con otros partidos de izquierda como el Partido Comunista del Brasil y el PTB, que preside un frente heredero del legado ideológico de Vargas, dirigido por Leonel Brizola. Simultáneamente, puede tener problemas con grupos más radicales, como el “Movimiento de los sin Tierra”, que incorporados en una alianza electoral, alejarían sectores centristas que son muy importantes para el triunfo electoral. Por otra parte, Lula tiene que darle plenas garantías a las Fuerzas Armadas Brasileñas de que no pondrá al país en peligro. Recordemos que ésta es una institución practicante del anticomunismo, desde la cruenta insurrección planeada por el PCB en 1935.

Por otra parte, la nueva embajadora norteamericana en Brasil, Dona H. Hrinak, ha declarado que Lula no es Chávez, y directivos del PT se han encargado de distanciarse de la situación venezolana, indicando que su modelo no es militarista. Sin embargo, algunos analistas internacionales especulan sobre la formulación de un nuevo eje izquierdista que vincule La Habana, Caracas y Brasilia.

No cabe duda que los resultados tendrán incidencia en las relaciones con Venezuela. A partir de 1994, después la firma del Protocolo de la Guzmánia, se experimenta un gran salto histórico en el acercamiento binacional. La tendencia se intensifica por la vocación política de los presidentes, dándole a las relaciones un contenido geoestratégico: se incrementa el suministro de petróleo; aumenta de manera significativa la inversión brasileña en la construcción de obras vitales para la infraestructura venezolana; se termina el tendido eléctrico entre la represa del Guri y la ciudad de Boa Vista; mejoran las comunicaciones terrestres por la carretera BR-174; el comercio aumenta en cifras significativas; progresa la cooperación militar; se incrementa el turismo; y aumentan las posibilidades de un acuerdo venezolano con el MERCOSUR.

Todo indica que las elecciones brasileñas serán muy importantes para la suerte de la unidad y futuro sudamericanos. Por ello, los brasileños buscan un nuevo orden y progreso.